

UNIVERSIDAD, UNIDAD DE CONOCIMIENTO Y VERDAD

*« Señor presidente; ilustres rector^s y profesor^s; queridos estu-
diantes y amigos:*

*»El encuentro de esta tarde me brinda la grata oportunidad de
manifestar mi estima por el papel indispensable que desempeñan en
la sociedad las universidades y los institutos de estudios superiores.
Doy las gracias al estudiante que me ha saludado amablemente en
vuestro nombre, a los miembros del coro universitario por su ópti-
ma interpretación, y al ilustre rector de la Universidad Carlos, el
profesor Václav Hampl, por sus profundas palabras. El mundo aca-
démico, sosteniendo los valores culturales y espirituales de la socie-
dad y a la vez dándoles su contribución, presta el valioso servicio de
enriquecer el patrimonio intelectual de la nación y consolidar los
cimientos de su desarrollo futuro. Los grandes cambios que hace
veinte años transformaron la sociedad checa se debieron, entre otras
causas, a los movimientos de reforma que se originaron en la uni-
versidad y en los círculos estudiantiles. La búsqueda de libertad ha
seguido impulsando el trabajo de los estudiosos, cuya diakonía de la
verdad es indispensable para el bienestar de toda nación.*

*»Quien os habla ha sido profesor, atento al derecho de la liber-
tad académica y a la responsabilidad en el uso auténtico de la
razón, y ahora es el Papa quien, en su papel de Pastor, es reconoci-
do como voz autorizada para la reflexión ética de la humanidad. Si
es verdad que algunos consideran que las cuestiones suscitadas por la
religión, la fe y la ética no tienen lugar en el ámbito de la razón
pública, esa visión de ninguna manera es evidente. La libertad que
está en la base del ejercicio de la razón –tanto en una universidad
como en la Iglesia– tiene un objetivo preciso: se dirige a la búsque-
da de la verdad, y como tal expresa una dimensión propia del cris-
tianismo, que de hecho llevó al nacimiento de la universidad.*

»En verdad, la sed de conocimiento del hombre impulsa a toda generación a ampliar el concepto de razón y a beber en las fuentes de la fe. Fue precisamente la rica herencia de la sabiduría clásica, asimilada y puesta al servicio del Evangelio, la que los primeros misioneros cristianos trajeron a estas tierras y establecieron como fundamento de una unidad espiritual y cultural que dura hasta hoy. Esa misma convicción llevó a mi predecesor el Papa Clemente VI a instituir en el año 1347 esta famosa Universidad Carlos, que sigue dando una importante contribución al más amplio mundo académico, religioso y cultural europeo.

»La autonomía propia de una universidad, más aún, de cualquier institución educativa, encuentra significado en la capacidad de ser responsable frente a la verdad. A pesar de ello, esa autonomía puede resultar vana de distintas maneras. La gran tradición formativa, abierta a lo trascendente, que está en el origen de las universidades en toda Europa, quedó sistemáticamente trastornada, aquí en esta tierra y en otros lugares, por la ideología reductiva del materialismo, por la represión de la religión y por la opresión del espíritu humano. Con todo, en 1989 el mundo fue testigo de modo dramático del derrumbe de una ideología totalitaria fracasada y del triunfo del espíritu humano.

»El anhelo de libertad y de verdad forma parte inalienable de nuestra humanidad común. Nunca puede ser eliminado y, como ha demostrado la historia, sólo se lo puede negar poniendo en peligro la humanidad misma. A este anhelo tratan de responder la fe religiosa, las distintas artes, la filosofía, la teología y las demás disciplinas científicas, cada una con su método propio, tanto en el plano de una atenta reflexión como en el de una buena praxis.

»Ilustres rectores y profesores, juntamente con vuestra investigación, hay otro aspecto esencial de la misión de la universidad en la que estáis comprometidos, es decir, la responsabilidad de iluminar la mente y el corazón de los jóvenes de hoy. Gertamente, esta grave tarea no es nueva. Ya desde la época de Platón, la instrucción no consiste en una mera acumulación de conocimientos o habilidades, sino en una paideia, una formación humana en las riquezas de una tradición intelectual orientada a una vida virtuosa. Si es verdad que las grandes universidades, que en la Edad Media nacían en toda Europa, tendían con confianza al ideal de la síntesis de todo saber, siempre estaban al servicio de una auténtica humanitas, o

»sea, de una perfección del individuo dentro de la unidad de una sociedad bien ordenada. Lo mismo sucede hoy: los jóvenes, cuando se despierta en ellos la comprensión de la plenitud y unidad de la verdad, experimentan el placer de descubrir que la cuestión sobre lo que pueden conocer les abre el horizonte de la gran aventura de cómo deben ser y qué deben hacer.

»Es preciso retomar la idea de una formación integral, basada en la unidad del conocimiento enraizado en la verdad. Eso sirve para contrarrestar la tendencia, tan evidente en la sociedad contemporánea, hacia la fragmentación del saber. Con el crecimiento masivo de la información y de la tecnología surge la tentación de separar la razón de la búsqueda de la verdad. Sin embargo, la razón, una vez separada de la orientación humana fundamental hacia la verdad, comienza a perder su dirección. Acaba por secarse, bajo la apariencia de modestia, cuando se contenta con lo meramente parcial o provisional, o bajo la apariencia de certeza, cuando impone la rendición ante las demandas de quienes de manera indiscriminada dan igual valor prácticamente a todo. El relativismo que deriva de ello genera un camuflaje, detrás del cual pueden ocultarse nuevas amenazas a la autonomía de las instituciones académicas.

»Si, por una parte, ha pasado el período de injerencia derivada del totalitarismo político, ¿no es verdad, por otra, que con frecuencia hoy en el mundo el ejercicio de la razón y la investigación académica se ven obligados —de manera sutil y a veces no tan sutil— a ceder a las presiones de grupos de intereses ideológicos o al señuelo de objetivos utilitaristas a corto plazo o sólo pragmáticos? ¿Qué sucedería si nuestra cultura se tuviera que construir a sí misma sólo sobre temas de moda, con escasa referencia a una auténtica tradición intelectual histórica o sobre convicciones promovidas haciendo mucho ruido y que cuentan con una fuerte financiación? ¿Qué sucedería si, por el afán de mantener un laicismo radical, acabara por separarse de las raíces que le dan vida? Nuestras sociedades no serían más razonables, tolerantes o dúctiles, sino que serían más frágiles y menos inclusivas, y cada vez tendrían más dificultad para reconocer lo que es verdadero, noble y bueno.

»Queridos amigos, deseo animaros en todo lo que hacéis por salir al encuentro del idealismo y la generosidad de los jóvenes de hoy, no sólo con programas de estudio que les ayuden a destacar, sino también mediante la experiencia de ideales compartidos y de ayuda

”mutua en la gran empresa de aprender. Las habilidades de análisis
”y las requeridas para formular una hipótesis científica, unidas al
”prudente arte del discernimiento, ofrecen un antídoto eficaz a las
”actitudes de ensimismamiento, de desinterés e incluso de alienación
”que a veces se encuentran en nuestras sociedades del bienestar y que
”pueden afectar sobre todo a los jóvenes.

»En este contexto de una visión eminentemente humanística de
”la misión de la universidad, quiero aludir brevemente a la supera-
”ción de la fractura entre ciencia y religión que fue una preocupación
”central de mi predecesor el Papa Juan Pablo II. Como sabéis, pro-
”movió una comprensión más plena de la relación entre fe y razón,
”entendidas como las dos alas con las que el espíritu humano se eleva
”a la contemplación de la verdad (cf. Fides et ratio, Introducción).
”Una sostiene a la otra y cada una tiene su ámbito propio de acción
”(cf. ib., 17), aunque algunos quisieran separarlas. Quienes defien-
”den esta exclusión positivista de lo divino de la universalidad de la
”razón no sólo niegan una de las convicciones más profundas de los
”creyentes; además impiden el auténtico diálogo de las culturas que
”ellos mismos proponen. Una comprensión de la razón sorda a lo
”divino, que relega las religiones al ámbito de subculturas, es incapaz
”de entrar en el diálogo de las culturas que nuestro mundo necesita
”con tanta urgencia. Al final, “la fidelidad al hombre exige la fide-
”lidad a la verdad, que es la única garantía de libertad” (Caritas in
”veritate, 9). Esta confianza en la capacidad humana de buscar la
”verdad, de encontrar la verdad y de vivir según la verdad llevó a la
”fundación de las grandes universidades europeas. Ciertamente, hoy
”debemos reafirmar esto para dar al mundo intelectual la valentía
”necesaria para el desarrollo de un futuro de auténtico bienestar, un
”futuro verdaderamente digno del hombre.

»Con estas reflexiones, queridos amigos, formulo mis mejores
”deseos y oro por vuestro arduo trabajo. Pido a Dios que todo ello se
”inspire y dirija siempre por una sabiduría humana que busque sin-
”ceramente la verdad que nos hace libres (cf. Jn. 8, 28). Sobre voso-
”tros y sobre vuestras familias invoco las bendiciones divinas de ale-
”gría y paz.

(Discurso de S. S. Benedicto XVI al mundo
académico, en el Salón Vladislav del Castillo de
Praga, domingo 27 de septiembre de 2009).